

UNIVERSIDAD DEL SALVADOR

*Facultad de Ciencias de la Educación y
de la Comunicación Social*

**LICENCIATURA EN PERIODISMO
Proyecto Profesional**

2005



“Una guerra después de la guerra”

**Relato Documental
Abril / Junio 2004**

Autor: *Santiago Fourcade*

Director de Carrera: *Dr. Daniel Sinópoli*

“UNA GUERRA DESPUES DE LA GUERRA”

INTRODUCCIÓN

| | |
|---|---|
| - ¿Que nos motiva a ser corresponsales de guerra? | 5 |
| - El principio del fin | 8 |

CAPITULO I

| | |
|---|-----------|
| LA PREPRODUCCIÓN EN BUENOS AIRES | 12 |
| 1.1. El Background | 12 |
| 1.2. El proyecto | 13 |
| 1.3. El equipo técnico | 14 |
| 1.4. La documentación | 16 |
| 1.5. Como llegar hasta Irak | 17 |

CAPITULO II

| | |
|---|-----------|
| JORDANIA, CONOCIENDO MEDIO ORIENTE | 19 |
| 2.1. El transporte hasta Bagdad | 20 |
| 2.2. La llegada al infierno | 23 |
| 2.3. La vuelta de los “gurkas” | 24 |

CAPITULO III

| | |
|---|-----------|
| TRABAJAR AL LÍMITE | 27 |
| 3.1. Prohibido improvisar | 28 |
| 3.2. La Tribu | 30 |
| 3.3. Las grandes cadenas | 33 |
| 3.4. El manejo del stress/La sensibilidad maldita | 34 |

CAPITULO IV

| | |
|--|-----------|
| REALIDADES DE UN PUEBLO CASTIGADO | 37 |
| 4.1. Vivir sin Sadam | 39 |
| 4.2. Fútbol, entre la pasión y el escape | 41 |
| 4.3. La contaminación | 43 |
| 4.4. Los “rockets” | 46 |
| 4.5. El despertar de los sentidos. TV e internet | 47 |

CAPITULO V

| | |
|--|-----------|
| LA RESISTENCIA IRAQUI | 51 |
| 5.1. El triángulo Sunnita | 52 |
| 5.2. La guerra de guerrillas | 53 |
| 5.3. Pecados de guerra | 54 |
| 5.4. Los chiítas y Moqtada Al Sadr | 57 |

CAPITULO VI

| | |
|--|-----------|
| ARGENTINOS EN BAGDAD | 60 |
| 6.1. Faustino Zaizar: Curar bajo las bombas | 60 |
| 6.2. Ezequiel Garat: El negocio de la guerra | 62 |

EPILOGO 64

APENDICE I : ARTICULOS PERIODISTICOS

| | |
|--|-----|
| ▪ Del bronce al plomo..... | 68 |
| ▪ Los choferes de Alá..... | 69 |
| ▪ Pecados de guerra | 72 |
| ▪ Rompiendo el silencio | 74 |
| ▪ Una vida entre las bombas | 76 |
| ▪ El poder que indigna | 78 |
| ▪ Tierra de nadie | 80 |
| ▪ Go Home | 84 |
| ▪ En las puertas del infierno | 86 |
| ▪ Un día en la Guantánamo iraquí | 89 |
| ▪ La oportunidad dorada | 92 |
| ▪ Verdades tras una pelota | 95 |
| ▪ De Palermo a Bagdad | 99 |
| ▪ Convivir con la muerte | 102 |
| ▪ La ciudad fantasma | 104 |

APENDICE II : FOTOGRAFIAS

| | |
|-----------------------------|-----|
| ▪ La vida en Bagdad | 108 |
| ▪ Jugando bajo fuego | 109 |
| ▪ Enemigos íntimos | 110 |
| ▪ Los desplazados | 111 |
| ▪ La guerra mediática | 112 |

BIBLIOGRAFÍA 113



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

INTRODUCCIÓN

¿Qué nos motiva a ser corresponsales de guerra?

¿Qué nos impulsa a ir a una guerra? Algo hipnótico debe tener cuando se convierte en un acontecimiento al que no podemos faltar. Cubrir conflictos es la máxima expresión de la vocación periodística, allí donde el trabajo en soledad y bajo presión, exaltan las virtudes y defectos que tenemos los reporteros.

En una guerra el corresponsal se convierte en periodista total. Nos exprimimos a nosotros mismos, agotamos toda la capacidad creativa en reportajes y crónicas; en editoriales y entrevistas. Exploramos terrenos y géneros que generalmente no se tocan. Nos convertimos en nuestro propio jefe, decidimos que hacer cada día y a donde ir, si tenemos que arriesgar o no, si buscar una historia bélica en el frente o retratar un drama humano en un campo de refugiados.

“Todos hacemos este trabajo por razones personales, no hay que engañarse. Son éstas las que nos impulsan a ir la primera vez. A veces es el deseo de aventura, de viajar. Lo que sucede es que, después, con el paso de los años, las vistes con otras más sociales. Ya no somos los protagonistas, hemos escogido ser periodistas; ellos, las víctimas nunca disponen de otra opción que la de ser víctimas”¹

Estar en el lugar de los hechos y ser partícipes de su transmisión imparcial puede convertirse en una verdadera obsesión para aquellos que nos sentimos defraudados por la constante manipulación de que muchas empresas periodísticas han hecho de la profesión en las últimas décadas y en los más variados conflictos. No acudimos a ellos para dar soluciones sino para explicar lo que ocurre. Contamos la realidad y dejamos que sea el lector el que elija como quiere ser informado y por quien.

Por ello la credibilidad debe ser esencial. Para que nuestros lectores sean fieles deben palpar la honestidad y honradez del corresponsal. No existe la objetividad, nunca podremos dar una visión objetiva porque quienes transmitimos el mensaje somos personas. Nuestro sustento hacía la versión más próxima a la realidad nos la brinda la honestidad, secundada por todos los elementos de análisis necesarios para no ser intoxicado o mediatizado.

¹ Enric Martí, *Los ojos de la guerra*, Plaza&janes, Barcelona, 2002.

“Para ser alguien respetado en esta profesión es imprescindible combinar cierta sensibilidad, capacidad de sufrimiento, instinto noticioso y la resistencia de un corredor de fondo. Todo ello sumado a una curiosidad enfermiza por el mundo circundante y al don divino de saber contar historias; con palabras, con fotos o con lo que sea, pero contar a fin de cuentas”²

Querer sentirnos partícipes de la historia es una sensación repetida que no desentona con nuestra profesión. Nos formamos para comunicar y nuestra meta es lograr que los acontecimientos no se pierdan en el recuerdo colectivo, buscamos registrar y documentar los episodios que desgarran al mundo desde épocas remotas. Con seguridad, las matanzas y aberraciones morales que se cometen en los conflictos ni se registrarían en los libros de historia si nosotros no hubiésemos estado allí para contarlas. “Hago este trabajo para que nadie pueda decir que no lo sabía”³

Es curioso e inquietante, que la “realidad bélica” que se nos exige a aquellos que trabajamos en televisión a veces sea transformada, deformada o incluso conformada por la propia cámara. La diferencia entre que alguien perpetre un crimen atroz o que no lo haga puede ser simplemente nuestra presencia. Ha ocurrido en Rafá, el castigado pueblo del norte de la Franja de Gaza donde las topadoras israelíes derribaban casas enteras hasta que nuestra indiscreta lente los motivaba a cesar la actividad a la espera de que alejásemos las cámaras.

Pero si a veces nuestra presencia podía salvar una vida, otras veces la condenaba. Ocurrió en Irak en los últimos meses. Como si fuese un pasaporte a su inmortalidad como guerrero, la personalidad de los miembros de la resistencia iraquí parecía transformarse al tener una cámara delante, y las ejecuciones mediáticas que se siguen repitiendo hasta nuestros días, son una prueba cabal de ello.

Caminar por el filo de la navaja, escapar a la rutina y colocarse periódicamente en situaciones extremas puede convertirse en un deseo insoportable, cuando lo que más te interesa no son los vaivenes de la farándula, sino las angustiosas contradicciones de la naturaleza humana. Los periodistas anglosajones, maestros en el arte de acuñar términos impactantes, se suelen

² Alfonso Rojo, *Los ojos de la guerra*, Plaza&Janes, Barcelona, 2002.

³ Miguel Gil, *Los ojos de la guerra*, Plaza&janes, Barcelona, 2002

referir a los reporteros consumidos por ese afán, como los *action junkies*, los adictos a la acción. La guerra nunca es como la presenta el cine. Siempre en blanco y negro, es turbia y no luminosa; parece sucia y huele mal. Nadie, ni el más duro de los corresponsales termina por acostumbrarse. No existe la inmunidad ante la barbarie. Tarde o temprano, las imágenes que se van almacenando en el archivo más cruento de nuestra memoria termina pasándonos factura.

Queda claro que no debemos dejar que esos hechos nos influyan porque entonces estamos muertos como periodistas. Si contemplar una determinada atrocidad nos mediatiza y nos desactiva para seguir informando, la postura más honesta y valiente será abandonar el lugar. Nos debemos a las personas que nos leen, nos escuchan u observan, y ellas merecen más que nadie seguir siendo informadas de la manera más profesional posible.



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

El principio del fin

Tras ubicar a Irak en el “Eje del mal”, la administración de George Bush comenzó a preparar a fines del 2001 la ofensiva diplomática y militar que cambiaría la vida de los 40 millones de habitantes del país mesopotámico. El 12 de septiembre de 2002, Bush se presentó ante la 57° Asamblea general de las Naciones Unidas para anunciar que era inevitable una acción armada si no se cumplían las resoluciones de la ONU que exigían el desarme de ese país.

Seis meses después, las idas y vueltas, contradicciones y acusaciones de ambos lados dejaban un amplio margen de dudas respecto a la existencia de armas masivas en los subsuelos del régimen sadamista. Alemania y Francia fueron los portavoces de una oposición que se hizo fuerte en base al concepto de “guerra injusta”. En la vereda de enfrente, Gran Bretaña y España secundaban a los Estados Unidos. Basados en un informe de inteligencia presentado al Consejo de Seguridad de la ONU por el secretario de Estado Colin Powell, los nuevos aliados acusaban al régimen de Saddam Hussein de poseer armas químicas y de seguir con su desarrollo. Las acusaciones se basaban en una serie de grabaciones de conversaciones entre jefes del régimen, hablando de ocultar armas y fotos satelitales que supuestamente probaban movimientos de armamentos minutos antes de que los inspectores de la ONU llegaran a esos lugares.

El 17 de marzo de 2003, Bush dio un ultimátum de 72 horas que se cumpliría a las dos de la mañana del jueves 20 de marzo. Tres horas después de ese plazo, a las 5:35 de la mañana en Bagdad, cayeron sobre los edificios gubernamentales de la margen occidental del Tigris los primeros misiles tomahawks. Comenzaba la Segunda Guerra del Golfo.

La fuerza del ataque fue estremecedora. A los más de doscientos mil soldados desplegados en todos los puntos limítrofes de Irak, se le sumaron un centenar de barcos, ochocientos aviones, mil doscientos tanques, doscientos helicópteros Apache y Blackhawks, y más de doscientos cincuenta mil misiles tomahawks y bombas de todo tipo forma y medida.

Sólo diecinueve días duró la guerra. El ejército iraquí fue replegándose progresivamente ante la oleada tecnológica y armamentística con la que se castigaba a todo el país. La rendición de su capital llegó días después y el estupor de los periodistas presentes desde los balcones del hotel Palestina era imposible